

## FUERZAS CENTRIFUGAS EN EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO: LA IRRUPCION DE MOVIMIENTOS NACIONALISTAS Y REGIONALISTAS (\*)

Por OSCAR DE JUAN ASENJO

### SUMARIO

INTRODUCCIÓN: FUERZAS CENTRÍPETAS Y CENTRÍFUGAS EN EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO.—1. CAPITALISMO Y DESARROLLO ECONÓMICO DESIGUAL. 2. LA ECONOMÍA REGIONAL, EL INTERÉS REGIONAL Y LOS GRUPOS SOCIALES DEFENSORES DE LA AUTONOMÍA TERRITORIAL.—3. MANIFESTACIONES POLÍTICAS DEL INTERÉS REGIONAL.—4. EL NACIONALISMO DE LAS REGIONES RICAS.—5. EL NACIONALISMO DE LAS REGIONES POBRES.—REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

### INTRODUCCION: FUERZAS CENTRIPETAS Y CENTRIFUGAS EN EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

Dos fenómenos, aparentemente contradictorios, caracterizan la dinámica del Estado capitalista contemporáneo. Por una parte, asistimos a una centralización creciente de competencias en el ámbito del Estado-nación. El proceso es particularmente visible en países de estructura federal como los Estados

---

(\*) El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre el tema «Capitalismo, nacionalismo y formas de Estado» (1986). La investigación fue realizada en la New School for Social Research de Nueva York y financiada por la Fundación Juan March dentro de su programa de «Estudios sobre Autonomías Territoriales».

Unidos, cuya Constitución concibió un poder central mínimo (el suficiente para asegurar la defensa nacional, las relaciones internacionales y el comercio interestatal). Hoy día, sin embargo, la actividad reguladora del Congreso penetra en todos los rincones de la actividad económica, mientras que el presupuesto económico y social del gobierno federal ha desbordado todos los límites previsibles. Esta sería la cara de la moneda. Si miramos al anverso de la misma moneda descubriremos que, paralelamente al proceso centralizador, se han desatado unas fuerzas de signo opuesto que puján por la descentralización del Estado. En Norteamérica —por continuar con el mismo caso—, los Estados han defendido celosamente sus competencias y, aunque hoy día estén muy mermadas, todavía representan el 27 por 100 del gasto público no militar (70 por 100 si incluimos el nivel local) y dos quintas partes del empleo público. Más sorprendente todavía resulta comprobar cómo en los Estados europeos más centralizados han emergido poderosas fuerzas descentralizadoras que amenazan con fragmentar el Estado-nación. En Italia, Reino Unido y España, la autonomía política regional ha ganado *status* constitucional. En otros países, incluida la cuna del centralismo, Francia, han proliferado movimientos regionalistas o nacionalistas que reclaman ora la independencia, ora una amplia autonomía política.

¿Cómo explicar estas fuerzas de signo opuesto? ¿Cuál es la fuerza resultante que cabe esperar de la presente coyuntura histórica? La tesis que pretendemos defender en este ensayo sostiene que estas fuerzas centrípetas (centralizadoras) y centrífugas (descentralizadoras) han sido generadas por la propia dinámica del desarrollo capitalista. Nuestra tesis se enmarcará dentro del paradigma teórico centro-periferia desarrollado por Stein Rokkan (cfr. Rokkan y Urwin, 1983).

Los Estados-nación no surgieron de la superposición de una organización política sobre una nación preexistente. Al tiempo que se creaba el Estado hubo de crearse la nación y la conciencia nacional. La formación del *mercado nacional* se sitúa en el centro de este proceso de creación del Estado-nación, siendo el principal foco de emisión de fuerzas centrípetas. Durante la Edad Moderna, el Estado absoluto creó el primer conato de Estado-nación y puso las condiciones para el nacimiento del capitalismo. En el proceso de desarrollo capitalista, la burguesía presionó y consiguió la creación de amplios mercados nacionales. El mercado, a su vez, se convirtió en la principal fuerza de nacionalización, tejiendo vínculos e intereses comunes entre todos los ciudadanos. La consolidación del *sistema económico nacional* creó una especie de *interés general*, consistente en el mantenimiento y reproducción de aquel sistema. Este será un factor aglutinador de los diferentes grupos sociales y reclamará una continua centralización de competencias. Si el sistema económico es uno, los

problemas y soluciones habrán de ser también unitarios, argumentan los promotores de la centralización. La segunda oleada nacionalizadora ocurrirá después de la crisis de 1929 cuando el Estado entró de lleno en la dirección del proceso económico y social. Una de dos, se dijo, o dejamos la nave de la economía al libre juego de las fuerzas del mercado o la dirigimos a unos objetivos predeterminados. De optar por la segunda alternativa —concluye el discurso centralista—, la dirección ha de ser centralizada.

Las fuerzas centrífugas emanan del mismo proceso de desarrollo capitalista, más concretamente del carácter desigual del desarrollo capitalista y de la especialización territorial que éste ha traído consigo. Junto a regiones netamente agrarias han aparecido otras industriales o de servicios. El desarrollo de unas regiones ha coexistido y, tal vez, provocado la pobreza y la dependencia económica de otras. Por esta vía se han creado subsistemas económicos regionales de donde emana una especie de *interés general de la región* con capacidad para aglutinar las distintas fuerzas sociales. Sobre esta base económica se han levantado muchos de los movimientos nacionalistas y regionalistas contemporáneos, que aspiran ora a la independencia política, ora a una amplia autonomía que les permita defender sus intereses propios. Al estudio de la base económica del nacionalismo y la autonomía política territorial dedicaremos este trabajo.

## 1. CAPITALISMO Y DESARROLLO ECONOMICO DESIGUAL

Los orígenes de la desigualdad y la diferenciación económica regional parecen guardar cierta relación con la localización geográfica de los recursos naturales o su situación estratégica. Los primeros centros industriales se ubicaron en las cuencas mineras o en los principales nudos de comunicaciones. En algunos casos, ciertos factores históricos o políticos, como la capitalidad del Estado, pesaron notablemente.

El desarrollo capitalista, lejos de superar estos desequilibrios, los ha agravado y ha producido una *especialización económica regional* sin precedentes. Las teorías económicas neoclásicas del desarrollo regional autoequilibrado han sido desmentidas por los hechos. Mayor credibilidad merecen las teorías que presentan el desarrollo desigual como un fenómeno normal y aceptan el carácter cumulativo y difícilmente reversible de estas desigualdades (cfr. Perroux, 1967; Myrdal, 1968, y Holland, 1976). Por supuesto, se han registrado algunos cambios de signo económico motivados por la desaparición de la industria dominante en una región o el descubrimiento de una nueva

fuente de energía concentrada en otra región. En principio, dados los avances en los medios de comunicación y transportes, cualquier región estaría en condiciones de albergar la industria del automóvil o de computadores. No obstante, el capitalista suele preferir invertir en los núcleos ya desarrollados. Las empresas instaladas allí gozan de la proximidad del mercado, mejores infraestructuras y servicios, mano de obra especializada, etc. Al parecer, estas ventajas son más atractivas para el capital que los bajos salarios de las regiones menos desarrolladas o los incentivos fiscales de las políticas de desarrollo regional.

La diversidad económica regional se presenta hoy más pronunciada que en cualquier otra época histórica. La geografía económica regional aparece dividida entre regiones agrícolas, industriales y de servicios. Dentro de cada categoría existen fuertes diferencias según cuál sea el cultivo predominante o el producto característico de la industria regional. La propiedad de la tierra aparece muy concentrada en unas regiones (latifundio) mientras que en otras domina el minifundio. La producción puede estar orientada al mercado nacional o a la exportación... Como es fácil de imaginar, los intereses de tales regiones serán diferentes y, a menudo, contrapuestos.

El problema no radica sólo en la diversidad, sino en las relaciones de *dependencia económica* que se crean entre unas regiones y otras. La renta regional de unas regiones crece continuamente, mientras que la renta de otras mengua. El crecimiento de las primeras se hace, en parte, a expensas de las segundas. Y no se trata tanto de una explotación política deliberada cuanto de la dependencia económica connatural al sistema capitalista.

La dualidad entre el centro y la periferia económica es patente en algunos países europeos como España, Italia o Francia. En España, la brecha económica entre la periferia rica (País Vasco, Cataluña y Levante) y el interior pobre (exceptuando la provincia de Madrid) no ha cesado de acentuarse desde el siglo XIX. Otro tanto ocurre en Italia entre el norte industrial y rico y un *Mezzogiorno* agrícola y pobre. En Francia basta con trazar una diagonal Harve-Marsella para dejar al oeste todas las regiones, excepto una, cuya renta *per capita* es inferior a la media nacional. En otras regiones de la CEE, como se aprecia en el cuadro 1, las desigualdades no son tan fuertes, pero no dejan de ser relevantes. Por otra parte, hemos de advertir que aunque se diera una convergencia de la renta regional, como es el caso de los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial, no significaría sin más la convergencia de intereses, pues la mera especialización económica puede originar rivalidades tanto o más fuertes.

CUADRO NÚM. 1

DISPARIDAD DEL PRODUCTO INTERIOR BRUTO POR HABITANTE, 1981

(Precios y tipo de cambio corrientes)

Regiones	EUR (12) = 100	Regiones	EUR (12) = 100
República Federal de Alemania ...	131	37. Basse - Normandie ...	105
1. Schleswig-Holstein ...	114	38. Bourbogne ...	110
2. Hamburgo ...	221	39. Nos-Pas-de-Calais ...	109
3. Braunschweig ...	121	40. Lorraine ...	116
4. Hannover ...	129	41. Alsace ...	133
5. Luneburg ...	88	42. Franche-Comte ...	120
6. Weser-Ems ...	108	43. Pays de la Loire ...	110
7. Bremen ...	171	44. Bretagne ...	101
8. Dusseldorf ...	147	45. Poitou-Charentes ...	98
9. Colonia ...	127	46. Aquitaine ...	112
10. Munster ...	114	47. Midi-Pyrénées ...	99
11. Detmold ...	119	48. Limousin ...	96
12. Arnsberg ...	120	49. Rhône-Alpes ...	124
13. Darmstadt ...	164	50. Auvergne ...	104
14. Gieben ...	107	51. Languedoc - Rousillon ...	96
15. Kassel ...	114	52. Provence-Alpes-Côte de'Azur Corse ...	117
16. Klobenz ...	102	Italia ...	74
17. Trier ...	100	53. Piemonte ...	90
18. Rheinhessen-Pfalz ...	133	54. Valle d'Aosta ...	106
19. Stuttgart ...	147	55. Liguria ...	91
20. Karlsruhe ...	143	56. Lombardia ...	96
21. Friburgo ...	120	57. Trentino - Alto Adige ...	81
22. Tubingen ...	122	58. Veneto ...	77
23. Oberbayern ...	153	59. Friuli - Venezia Giulia ...	84
24. Niederbayern ...	100	60. Emilia - Romagna ...	93
25. Oberpfalz ...	96	61. Toscana ...	82
26. Oberfranken ...	114	62. Umbria ...	73
27. Mittelfranken ...	131	63. Marche ...	75
28. Unterfranken ...	104	64. Lazio ...	76
29. Schwaben ...	113	65. Campania ...	51
30. Saarland ...	121	66. Abruzzi ...	60
31. Berlín Occidental ...	150	67. Molise ...	52
Francia ...	125	68. Puglia ...	52
32. Ile de France ...	177	69. Basilicata ...	52
33. Champagne - Ardene ...	123	70. Calabria ...	45
34. Picardie ...	115	71. Sicilia ...	51
35. Haute - Normandie ...	137	72. Sardegna ...	53
36. Centre ...	117		

<i>Regiones</i>	<i>EUR (12)</i> <i>= 100</i>	<i>Regiones</i>	<i>EUR (12)</i> <i>= 100</i>
Países Bajos ... ..	117	Dinamarca ... ..	132
73. Groningen ... ..	262	106. Hovedstadsregionen ... ..	157
74. Friesland ... ..	89	107. Ost for Storebaelt, ekski, hovedstadsregionen ... ..	114
75. Drenthe ... ..	118	108. Vest for Storebaelt ... ..	120
76. Overijssel ... ..	97	Grecia ... ..	45
77. Gelderland ... ..	97	109. Kentriki kai Dytili Makedo- nia ... ..	43
78. Utrecht ... ..	112	110. Thessalia ... ..	40
79. Noord-Holland ... ..	128	111. Anatoliki Makedonia ... ..	40
80. Zuid-Holland ... ..	123	112. Thraki ... ..	30
81. Zoeland ... ..	115	113. Anatoliki Sterea kai nisia ...	50
82. Noord-Brabant ... ..	102	114. Peloponnisos kai Dytyki Ste- rea Eliada ... ..	40
83. Limburg ... ..	94	115. Ipeiros ... ..	32
Bélgica ... ..	115	116. Kriti ... ..	37
84. Amberes ... ..	144	117. Nisia Anatolikou Aigaiou ...	35
85. Brabant ... ..	131	España ... ..	59
86. Hainaut ... ..	88	118. Andalucía ... ..	44
87. Lieja ... ..	100	119. Aragón ... ..	60
88. Limburg ... ..	103	120. Asturias (Principado de) ...	63
89. Luxemburgo ... ..	88	121. Baleares (islas) ... ..	74
90. Namur ... ..	90	122. Canarias ... ..	53
91. Oost-Vlaanderen ... ..	105	123. Cantabria ... ..	64
92. West-Vlaanderen ... ..	111	124. Castilla y León ... ..	53
93. Luxemburgo ... ..	126	125. Castilla-La Mancha ... ..	48
Reino Unido... ..	95	126. Cataluña ... ..	69
94. North ... ..	97	127. Comunidad Valenciana ... ..	64
95. Yorkshire and Humberside ...	92	128. Extremadura ... ..	37
96. East Midlands ... ..	96	129. Galicia ... ..	49
97. East Anglia ... ..	95	130. Madrid (Comunidad de) ...	71
98. South-East ... ..	118	131. Murcia (Región de) ... ..	51
99. South-West ... ..	96	132. Navarra (Comunidad Foral de) ... ..	70
100. West Midlands ... ..	88	133. País Vasco ... ..	71
101. North-West ... ..	97	134. Rioja (La) ... ..	72
102. Gales ... ..	93	135. Ceuta y Melilla ... ..	33
103. Escocia ... ..	101	136. Portugal ... ..	30
104. Irlanda del Norte ... ..	79		
105. Irlanda ... ..	61		

FUENTE: *Anuario El País 1986*, pág. 426.

## 2. LA ECONOMÍA REGIONAL, EL INTERÉS REGIONAL Y LOS GRUPOS SOCIALES DEFENSORES DE LA AUTONOMÍA TERRITORIAL

Así como la existencia de un sistema económico nacional daba origen a un *interés nacional*, la formación de subsistemas económicos regionales está llamada a crear sendos *intereses regionales*. Si el interés nacional consistía en la reproducción y mejora del sistema económico globalmente considerado, el interés regional tiene el mismo cometido pero referido al subsistema regional. Por supuesto, en una región se mezclan muchos tipos de actividades económicas y los intereses económicos de los grupos sociales pueden ser de lo más variado. Pero si existe una auténtica especialización económica y una estructura económica singular, en otras palabras, cuando la economía regional forma un auténtico subsistema económico dentro del sistema nacional, es de esperar que exista un sector económico dominante y un grupo social con capacidad de imponerse y convertir sus intereses particulares en el interés de toda la región. Si el 60 por 100 del producto regional consiste, por ejemplo, en la producción del algodón y si un porcentaje similar de la mano de obra está empleada en ese sector, no dudáramos en afirmar que los intereses del grupo algodonero constituyen el interés regional: toda la comunidad resultará directa o indirectamente beneficiada del buen funcionamiento del sector.

Nuestro propósito —importa no olvidarlo— es desenterrar la base económica de los movimientos nacionalistas y regionalistas. No afirmamos que los factores económicos sean los únicos ni siquiera los más decisivos. Sostenemos, simplemente, que una base económica está presente en la mayoría de los movimientos, y si en algún momento desapareciera difícilmente podrían consolidarse como movimientos políticos. El nacionalismo supone la integración de los diferentes grupos sociales en torno a una sola bandera, cosa que resultaría imposible si los intereses económicos de estos grupos fueran totalmente opuestos y si ninguno de ellos estuviera en condiciones de imponerse a los demás.

A decir verdad, en los programas nacionalistas abundan más los reclamos de tipo cultural que los económicos. El nacionalismo intenta ser presentado no como un fenómeno económico, sino étnico. Las tintas se cargan en los hechos diferenciales de tipo cultural, como son la historia, el derecho, la lengua o la idiosincrasia y costumbres regionales. Si analizamos el tema con profundidad descubriremos, no obstante, que estos factores culturales son, en parte, el producto de una historia económica peculiar. Resulta imposible entender la formación del derecho o las costumbres regionales sin una

referencia al sistema económico subyacente. Y otro tanto cabe decir de la lengua. El proceso de vernacularización del latín durante la Edad Media guarda relación con la formación de mercados y sistemas económicos regionales. La pervivencia de algunas de estas lenguas (como el catalán) y la desaparición de otras (como el aragonés) puede explicarse desde nuestro paradigma económico «centro-periferia». Aragón se convirtió pronto en la periferia de Castilla y su lengua vernácula sólo se conservó en lugares del Prineo, ajenos al tráfico económico con la meseta. Barcelona, por el contrario, se consolidó como un centro económico de primera magnitud. La conexión comercial de toda Cataluña con Barcelona aseguró el mantenimiento del catalán.

Si comparamos la Cataluña francesa con la española y el País Vasco francés con el español, nos percataríamos que la existencia de unos elementos culturales diferenciadores no es suficiente para el nacimiento del sentimiento nacional. El sur de Francia pertenece a la periferia económica y política del país. Faltó una burguesía de ámbito regional con interés y fuerza suficiente para dirigir un movimiento nacionalista (cfr. Lafont, 1971). Otro tanto cabe decir de Galicia. A Ortega y Gasset el caso gallego le parecía un verdadero enigma:

«No he comprendido nunca por qué preocupa el nacionalismo afirmativo de Cataluña y Vasconia y, en cambio, no causa pavor el nihilismo nacional de Galicia» (Ortega y Gasset, 1967, pág. 60).

Desde nuestra perspectiva económica este enigma es fácilmente descifrable. Si la fuerza de un movimiento nacionalista dependiera sólo de factores étnico-culturales, Galicia habría de ser la región más nacionalista de España. Pero no lo es porque esta superestructura cultural debe sostenerse sobre una base económica, y ésta era muy débil en Galicia. La lengua y cultura gallegas se resistieron al paso del tiempo no porque Galicia fuera un núcleo económico estable, sino por su lejanía y desvinculación de los auténticos centros económicos. El regionalismo gallego ha sido en gran medida inocuo al faltar una burguesía autóctona con unos intereses económicos enfrentados con los del bloque político de Madrid.

¿Qué grupos sociales están interesados en la autonomía política? Por regla general se observa que la mayoría de movimientos nacionalistas y regionalistas han estado liderados por la pequeña y mediana burguesía (véase Rogowski, 1985). Es lógico que sea así, pues es ella la que controla las riendas de la economía regional o de partes sustanciales de la misma. Posee, al mismo tiempo, una preparación intelectual que le permiten crear una ideología



nacionalista atractiva para la masa de ciudadanos. Faltando esta *intelligentsia* los movimientos nacionalistas no se podrían consolidar (cfr. Smith, 1981).

El papel de la alta burguesía en los movimientos nacionalistas ha sido más ambiguo. Por regla general ha promovido el nacionalismo integrador. Basta pensar en el esfuerzo centralizador de la burguesía del norte de Italia y la cuenca del Rin por conseguir la unificación de Italia y Prusia. Otras veces, como avala el ejemplo catalán, ha apoyado movimientos nacionalistas dentro de un Estado ya constituido. Ahora bien, cuando esta burguesía controlaba los recursos económicos de su región y otras regiones, por fuerza había de temer y combatir los movimientos nacionalistas. La alta burguesía vasca, sin ir más lejos, controlaba y dependía del mercado español para la venta de sus productos siderúrgicos y la colocación del capital financiero. Por eso, cuando a finales del siglo XIX accedió al bloque político en el poder tomó distancias respecto al movimiento nacionalista vasco, dirigido por la pequeña y mediana burguesía.

En principio, hemos de esperar que todos los grupos minoritarios dentro de una estructura política amplia, pero mayoritarios en un espacio territorial más reducido, se muestran partidarios de la autonomía política. Esta les da opción para defender sus intereses de grupo. Pensemos en el caso de Cataluña. Los catalanes constituyen un grupo minoritario dentro del Estado español, por lo cual su capacidad para defender sus propios intereses en Madrid es bastante reducida. La autonomía regional les permite llevar a cabo una política en defensa de la lengua catalana y otros intereses culturales y económicos. Ahora bien, dentro de Cataluña existen zonas de inmigración intensiva. Los emigrantes castellano-parlantes forman minoría a nivel regional, pero mayoría en determinados municipios (los circundantes a Barcelona). Este sector de la población, de extracción obrera, estará lógicamente interesado en una autonomía municipal amplia para defender su cultura y los intereses económicos particulares del grupo étnico o del territorio en cuestión.

Una vez instaurado el proceso autonómico surgen una serie de intereses creados que defenderán tenazmente la autonomía territorial, por cuanto su suerte económica va ligada a ella. O'Connor describe los intereses del capital regional y local de los Estados Unidos que dependen directa e indirectamente de los presupuestos de gastos públicos estatales y locales (O'Connor, 1973, páginas 82 y siguientes). Como es de suponer, estos grupos pujarán por la potenciación de la autonomía de los entes subcentrales.

## 3. MANIFESTACIONES POLITICAS DEL INTERES REGIONAL

Si el desarrollo capitalista origina realmente una especialización económica regional y crea unos intereses regionales, hemos de esperar que esta realidad económica subyacente se manifieste de una u otra manera en el plano político.

La primera manifestación se aprecia en el sistema de partidos. En los últimos años se han propagado partidos nacionalistas cuyo ámbito de acción se circunscribe a una sola región. Son ellos los principales soportes de los movimientos nacionalistas y la amenaza más seria para los sistemas de estructura política centralizada. Hoy por hoy, dominan todavía los partidos de ámbito nacional. No es extraño que sea así, pues las leyes electorales acostumbra a discriminar en contra de los grupos minoritarios y, por otra parte, los partidos regionales se adaptan bastante mal a una estructura política concebida para grandes partidos nacionales. Sin embargo, es curioso observar cómo la mayoría de estos partidos están adoptando una estructura interna federal, a fin de dar respuesta al hecho diferencial regional. Es posible calcular un índice de desigualdad regional, que es un claro indicio de las diferencias de fondo existentes entre las regiones (cfr. Rose y Urwin, 1983). Se calcula hallando la media aritmética de las diferencias entre el porcentaje de votos de un partido en una región y el porcentaje de votantes totales en la misma región. El cuadro 2 nos presenta el índice de desigualdad regional

CUADRO NÚM. 2

## INDICE DE DESIGUALDAD REGIONAL

FRANCIA:		ALEMANIA FEDERAL:	
PCF ... ..	13	PSD ... ..	5
PSF (1970) ... ..	11	Liberal (1970) ... ..	7
Gaullista ... ..	7	CDU ... ..	6
ITALIA:		CANADA:	
PCI ... ..	11	New Democrat / CCF ... ..	25
PSI (1970) ... ..	8	Progressive ... ..	15
Liberal ... ..	17		
Democracia Cristiana ... ..	6		

FUENTE: Rose y Urwin, 1983.

de cinco países. Se observa que los de mayor índice (España, Canadá) son los que en la realidad presentan mayores problemas regionales. Hay que advertir, sin embargo, que la existencia de grandes partidos de ámbito nacional es uno de los factores más importantes de vertebración política regional en torno al Estado-nación.

Una segunda manifestación del hecho diferencial regional se aprecia en los enfrentamientos interregionales parlamentarios o extraparlamentarios. Ello es, en parte, un corolario de la premisa anterior, es decir, de la desigual distribución regional de los partidos. Pero incluso siendo la distribución territorial de los partidos más o menos uniforme, se observa a menudo un sesgo geográfico importante en las votaciones de las asambleas legislativas. Ello denota hasta qué punto los vínculos territoriales son importantes. Se ha dicho que

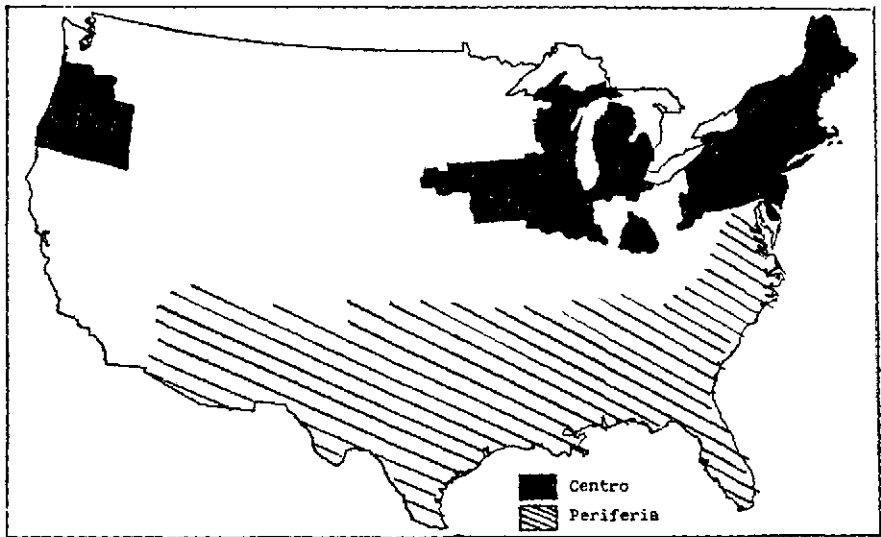
«... existe más diferencia entre dos diputados socialistas, uno inglés y otro que no lo es, que entre dos diputados ingleses, uno socialista y otro que no lo es» (Pérez Sadava, 1967, pág. 20).

El caso estadounidense nos suministra el mejor ejemplo para nuestra tesis. La dualización de la economía norteamericana definió unos intereses regionales y provocó la bipolarización del sistema político. La Guerra de Secesión americana (1861-65) es la ilustración más clara y dramática de confrontación regional. En ella se enfrentaron dos regiones con sistemas económicos antagónicos y defensoras de dos modelos de Estado incompatibles. Al norte una economía capitalista, cuya industria, todavía incipiente, necesitaba la creación de un mercado nacional y la protección del mismo mediante fuertes aranceles. Para conseguir estos propósitos era necesario potenciar los poderes del Estado federal. Al sur, una economía de plantación basada en la esclavitud y orientada a la exportación de algodón, sin conexión alguna con el mercado nacional. Las élites agrarias del sur defendían los poderes de los Estados, incluido el derecho de secesión, frente al proceso de centralización. El triunfo del norte dejó claro que la federación no toleraba la secesión. El conflicto regional, no obstante, se ha perpetuado a lo largo del tiempo. Como se aprecia en la obra de R. Bensei (Bensei, 1984), la diferenciación económica regional ha sido una constante de la economía estadounidense y ha contribuido a moldear la política americana más que cualquier otra fuerza. El autor analiza el comportamiento del Congreso en la votación de las principales leyes de relevancia económica (aranceles, impuestos, legislación laboral, leyes antitrust, distribución de las subvenciones federales, etc.). Descubre cómo la división del voto en el Congreso responde a un criterio

geográfico claro: las zonas industriales y ricas del noreste y lejano oeste se han opuesto a las zonas agrarias del sur. Una y otra región se esforzaron por buscar alianzas con otras regiones del país para obtener la mayoría de votos. El mapa 1 muestra las dos regiones que durante más de un siglo han estado enfrentadas en el Congreso americano y han votado sistemáticamente en dirección opuesta. La bipolarización del voto en el Congreso respondía, lógicamente, a una bipolarización de los partidos. El norte fue, al principio, un feudo del Partido Republicano y luego del Demócrata. El sur experimentó la evolución contraria. Lo curioso del caso es que los lazos del interés regional han sido suficientemente fuertes para mantener unidos a los obreros del norte con la burguesía industrial y comercial y a las masas del sur con sus élites agrarias.

MAPA NÚM. 1

LA ESTRUCTURA BIPOLAR DE LA POLITICA  
AMERICANA (1880-1980)



Fuente: R. BENSEL: *Sectionalism and American Political Development (1880-1980)* (1984), pág. 8.

El empeño de los grupos políticos regionales no se reduce a tratar de moldear la política nacional a la medida de sus intereses. Otra manifestación política tanto o más importante —al menos para los objetivos de este tra-

bajo— es la demanda de autonomía política con el fin de elaborar su propia política socioeconómica y gestionar los asuntos internos de acuerdo con los intereses predominantes en la región.

Las modalidades en que se presenta la demanda de autonomía territorial son tantas como regiones, pues cada una tiene un legado histórico particular y está sometida a unas condiciones específicas. Una región que pueda exhibir un pasado de independencia política y que cuente con una lengua y cultura propias es un terreno abonado para los movimientos nacionalistas, por ofrecer elementos tangibles para la adhesión de las masas y la presión sobre el poder central. Como ha insinuado Zolberg, «un Estado puede pretender ser ciego, pero no sordomudo» (Zolberg, 1973). De todas maneras, la ausencia de estos elementos socioculturales no es una *conditio sine qua non* para la autonomía. La región puede reclamar la autonomía por motivos estrictamente económicos. Una vez conseguidos los poderes autonómicos serán utilizados para despertar la conciencia nacionalista entre las masas. A fin de cuentas, no es tan difícil mitificar la historia creando la imagen de un pasado glorioso, unos héroes nacionales, unas metas por alcanzar y unos enemigos que combatir. J. Solé Tura afirma:

«Estos elementos [los culturales] no explican por sí solos la formación de las naciones y nacionalidades modernas. A mi entender, lo decisivo, lo que realmente cohesiona o rompe los ámbitos nacionales modernos es la referencia a un modelo político determinado, la lucha por la construcción, la reforma o el rechazo de un marco político. Es una lucha que pueden iniciar unos determinados grupos políticos o sectores sociales, pero que sólo tendrá efectos para la formación de una realidad nacional si afecta a todas las clases sociales en presencia y las enfrenta, directa o indirectamente, contra un mismo *adversario común*» (Solé Tura, 1985, pág. 85; subrayado nuestro).

Pues bien, como veremos a continuación, la estructura económica regional puede dar pie para crear un interés regional y definir un adversario común —«el que se apropia de sus recursos fiscales», «el que se apropia de sus recursos naturales»—. Si este adversario coincide —directa o indirectamente— con el centro político, las reivindicaciones autonomistas o separatistas serán más fuertes.

Las características de la economía regional y su fuerza relativa son ciertamente factores decisivos a la hora de analizar las demandas de los movimientos nacionalistas. No es lo mismo una economía regional rica que otra

CUADRO NÚM. 3

SITUACION ECONOMICA DE LAS REGIONES PERIFERICAS DE EUROPA OCCIDENTAL

<i>Subdesarrollados</i>	<i>Desarrollo moderado</i>	<i>Areas industriales en declive</i>	<i>Desarrolladas</i>
Escandinavia Norte	Bretaña	Baja Escocia	Flandes
Irlanda del Norte	Friesland	Sureste de Gales	Cataluña
Alta Escocia	Jusa	Vallonia	País Vasco
Noreste de Gales	Rosellón	Alsacia	
Occitania			
Galicia	Savoy		
Sur de España	Valle de Aosta		
Córcega	Alto Adige		
Cerdeña	Friulia		
Sur de Italia			

FUENTE: Rokkan y Urwin, 1983, pág. 61.

CUADRO NÚM. 4

FUERZA ECONOMICA Y CULTURAL DE LAS PERIFERIAS

		FUERZA ECONOMICA	
		Alto ←	→ Bajo
FUERZA CULTURAL	Alto ↑	Cataluña País Vasco Flandes	Escocia Gales Jura Wallonia
	Bajo ↓		Alsacia
			Cerdeña Valle de Aosta Alto Adige Irlanda del Norte
			Galicia Schleswig Friesland Bretaña Occitania Córcega Friulia

FUENTE: Rokkan y Urwin, 1983, pág. 136.

CUADRO NÚM. 5

LA PIRAMIDE DE LAS DEMANDAS PERIFERICAS:  
OBJETIVOS DESEADOS, CLASIFICADOS SEGUN EL GRADO  
DE INDEPENDENCIA

<i>Tipos de ideología definidos en términos de la solución territorial deseada</i>	<i>Niveles de autonomía: de la plena integración a la plena independencia</i>	<i>Ejemplos de movimientos políticos probables en cada uno de los niveles</i>
<b>INDEPENDENCIA</b>		
<b>PLENA</b>		
↑ Separatismo / irredentismo.	Independencia total o traspaso a un Estado vecino.	Guerras, actos terroristas, negociaciones a nivel estatal.
Confederalismo.	Autonomía regional con un poder central cuya única competencia sería la regulación de los problemas interregionales.	Partidos de base regional unidos por débiles alianzas a nivel estatal.
Federalismo.	Competencias compartidas entre los gobiernos central y regionales.	Varios partidos regionales compitiendo en las elecciones nacionales.
Autonomía regional.	Concesión de autonomía para una sola región periférica, que es tratada de manera especial.	Partido periférico con fuerte soporte electoral compitiendo en las elecciones nacionales.
Regionalismo.	Conservación de las características culturales de una región periférica.	Partido periférico estable que compite sólo en las elecciones locales y regionales.
Protesta periférica.	Colocación de las demandas de la periferia en el programa del sistema político central.	Sistema de partidos de base nacional con fuerte soporte en la periferia.
Creación de la identidad de la periferia.	Se invoca el carácter específico de un territorio y población determinados, y se demanda el respeto de sus rasgos distintivos.	Asociaciones para la defensa cultural.
↓	Provincias de un Estado sin identidad cultural.	
<b>INTEGRACION PLENA</b>		

FUENTE: Rokkan y Urwin, 1983, pág. 141.

pobre. Una economía en progreso o en declive. Una economía orientada al mercado internacional, nacional o regional. Por regla general, cuanto más sólida sea la economía regional y menos dependiente sea del mercado nacional, más radicales podrán ser sus demandas y mayor viabilidad tendrá. La formación de mercados comunes (tipo CEE) supone un paliativo a esta regla, por cuanto permite a regiones pequeñas y relativamente pobres sobrevivir en un régimen de independencia política (cfr. Polese, 1985).

Los cuadros 3, 4 y 5 presentan los movimientos nacionalistas de la Europa contemporánea en relación al grado de desarrollo e industrialización, a su fuerza cultural y a su tradición autonomista. Se aprecia también los objetivos de los movimientos autonomistas, que van desde la simple demanda de autonomía regional a la independencia-irredentismo, pasando por las soluciones federales y confederales. A pesar de las imprecisiones y arbitrariedades de este tipo de esquemas, una conclusión parece clara: los movimientos nacionalistas de las regiones ricas suelen ser los más radicales en sus demandas y cuentan con una sólida base de partida. El nacionalismo de las regiones pobres es un fenómeno más reciente y ofrece una problemática muy distinta. A continuación analizaremos uno y otro por separado.

#### 4. EL NACIONALISMO DE LAS REGIONES RICAS

Por extraño que parezca, la mayor parte de los movimientos nacionales independentistas se han registrado en los territorios ricos. La prosperidad económica despierta a menudo el deseo de independencia y brinda los medios materiales que hacen viable este deseo.

La primera escisión del imperio británico se produjo en las ricas colonias norteamericanas. El detonante de la declaración de independencia norteamericana fue la subida de impuestos exigida por la Corona inglesa, a la cual la burguesía de Boston y Nueva York respondió primero con la negativa a pagar y luego con la declaración de guerra. Otro tanto ocurrió con la burguesía criolla de Latinoamérica, enriquecida gracias a la política liberal de los Borbones del siglo XVIII. El ejemplo norteamericano y la perspectiva de apropiarse todas las ganancias del comercio colonial les movieron a la guerra de independencia a comienzos del siglo XIX. En el mismo siglo se produjo la secesión de algunas de las regiones europeas más ricas: Bélgica se separó de Holanda, los checos del imperio austro-húngaro y armenios y griegos del imperio otomano. Y si miramos a los movimientos nacionalistas del siglo XX descubriremos cómo algunos de ellos, por lo general los más radicales y exitosos, se ubican en los territorios ricos: Flandes, Cataluña, País Vasco, Quebec.



El problema común a las regiones indicadas es que se trata de regiones ricas situadas en la periferia política de sus respectivos Estados. Son centros de poder económico desprovistos de poder político. Lo que demandan es, precisamente, ese poder político que les falta.

¿Qué argumentos esgrimen tales movimientos nacionalistas en su lucha por la autonomía política o independencia? La primera y más simple es evitar la *explotación fiscal* por el centro político o, si se prefiere, la reticencia a compartir su riqueza con otras regiones más pobres. La cuestión fiscal acostumbra a ser el caballo de batalla. Hemos visto cómo la burguesía de Boston se rebeló contra la subida de impuestos propuesta por la metrópoli inglesa. Los nacionalistas vascos, por su parte, han batallado a lo largo de los siglos XIX y XX por la reivindicación del sistema de *conciertos fiscales* que le asegura autonomía para administrar y disponer de sus propios recursos. En los programas electorales de los partidos catalanistas, en especial el de CiU, el tema de la «explotación fiscal» ha sido uno de los más recurrentes. Desde luego, no falta evidencia empírica que confirme estos temores. En torno a 1970, un 31 por 100 de los impuestos provenía de Cataluña, mientras que sólo un 13 por 100 del gasto público nacional revertía en dicha región. Para el País Vasco las cifras eran 13 y 5, respectivamente (cfr. Linz, 1973, pág. 87).

La realización de una *política económica* acorde con los intereses económicos regionales es otro de los argumentos fundamentales de las demandas autonomistas. En particular, la polémica sobre la política arancelaria (proteccionismo *versus* librecambismo) ha sido uno de los catalizadores de los movimientos nacionalistas. En los Estados Unidos, la contienda regional ha girado siempre en torno al arancel. Los Estados del noreste defendían un arancel elevado que permitiera sobrevivir a la incipiente industria americana frente a la competencia de las manufacturas inglesas. Por el contrario, los Estados del sur, cuya economía estaba orientada a la exportación de algodón e importación de artículos de lujo, era contraria a los aranceles altos, que sólo servían para encarecer el coste de vida. En Cataluña, la burguesía textil se organizó en un fuerte grupo de presión, el Fomento del Trabajo Nacional, el cual presentó el proteccionismo como una necesidad de Cataluña y España entera. Todos los teóricos del catalanismo consideran la lucha proteccionista como uno de los componentes esenciales del movimiento nacionalista de finales del siglo XIX (cfr. Vicens Vives, 1958, pág. 101).

Otro de los argumentos invocados por los líderes catalanistas y de algunos movimientos nacionalistas de regiones ricas es la necesidad de autonomía política para llevar a buen término el *proceso de modernización* (véase Tiryakian y Nevitte, 1985). Ya hemos dicho que el problema de fondo del nacionalismo de las regiones ricas es el divorcio entre el poder económico y

el poder político. A pesar de ser un centro económico autónomo, políticamente son regiones periféricas, alejadas del poder político y, con frecuencia, sometidas a los dictados políticos y culturales de un centro político económicamente menos desarrollado. Prat de la Riba y Cambó —dos de las figuras más representativas del catalanismo— llegaron a hablar de la necesidad de «catalanizar España». Se referían a la necesidad de modernizar el Estado y la sociedad española, dominada políticamente por la *oligarquía* y *caciquismo*, de que hablaba Joaquín Costa, e ideológicamente por los valores correspondientes a una sociedad preindustrial.

##### 5. EL NACIONALISMO DE LAS REGIONES POBRES

Acabamos de ver cómo los primeros movimientos nacionalistas provinieron de las regiones relativamente más prósperas de los imperios coloniales o de los Estados-nación de Europa. Los programas de estos movimientos enfatizan los aspectos histórico-culturales, pero ello no impide que exista una base económica y que ésta juegue el papel decisivo en muchos casos. El nacionalismo de las regiones pobres es un fenómeno más reciente, posterior a la década de los sesenta, y, a diferencia del anterior, coloca los factores económicos en el centro de su programa político. La propagación de movimientos nacionalistas entre las regiones de la periferia europea ha sido tan rápida como sorprendente. Italia, cuya unidad se construyó a impulso de la burguesía del norte, ávida de un mercado nacional extenso, ha conocido la demanda autonómica de un *Mezzogiorno* subdesarrollado. En España, durante el proceso constituyente de 1978 destacaron, como era de esperar, las reivindicaciones de los nacionalismos históricos (Cataluña y el País Vasco), pero también se dejaron oír —y esto fue más sorprendente— las voces de regiones pobres como Andalucía y Aragón, que reclamaban autonomía para disponer libremente de sus propios recursos naturales. En Francia las regiones que se encuentran en la vanguardia del movimiento autonomista se cuentan entre las más pobres: Córcega, Bretaña y Occitania. Y lo mismo ocurre en Gran Bretaña con Irlanda del Norte y Gales.

El problema de fondo es el *subdesarrollo económico*. Cuando se toma conciencia de esta realidad y se descubre la explotación económica por parte de las regiones ricas, el desenlace más lógico es la demanda de autonomía política. La similitud con los países del Tercer Mundo son tantas que algún autor ha hablado de *colonialismo interior* (Hechter, 1985). Al igual que en los países tercermundistas, existe una *dependencia económica* real, en la

medida que la estructura económica de las regiones periféricas está orientada a las necesidades del centro económico. A menudo estas regiones se limitan a ser los suministradores de la energía y recursos naturales demandados desde el centro económico. Se produce entonces una *dualización de la economía regional*, al aparecer un sector moderno dominado por el capital foráneo y un sector tradicional próximo a la economía de subsistencia. El intercambio entre el centro y la periferia es claramente desigual, por cuanto el primero, que detenta el poder político, impone unas condiciones onerosas al comercio de recursos naturales y fija unos precios energéticos arbitrariamente bajos. Para colmo, el escaso ahorro regional y la mano de obra más cualificada (jóvenes y titulados) emigra a las regiones ricas, donde se encuentran las mejores posibilidades de inversión y ocupación.

A estas premisas responden los planteamientos neomarxistas del nacionalismo (cfr. Amin, 1974; Hechter, 1985; Nairn, 1975, 1977; Johnston, 1982). Otros marxistas han criticado esta visión estructuralista, cercana al determinismo económico, y han propuesto un enfoque más dialéctico que tenga en cuenta la interacción entre los diferentes grupos de intereses (cfr. Agnew, 1981; Orridge, 1981). A nuestro entender, está claro que el nacionalismo no puede explicarse cual mera consecuencia de una estructura económica determinada. ¿Cómo se entenderían entonces los movimientos nacionalistas de las regiones ricas? Y si nos circunscribimos a las regiones pobres quedaría por explicar por qué unas reaccionan en un sentido nacionalista y otras desean incrementar sus lazos de dependencia con el centro. La estructura económica no determina, pues, la respuesta política. Sin embargo, no se puede negar que la existencia del subdesarrollo y dependencia económica es un foco latente de movimientos nacionalistas. Tan pronto como un grupo sepa capitalizar el descontento de las masas y presentar un proyecto sugestivo de desarrollo regional pleno y autóctono, la conciencia nacionalista puede despertarse. Como han dicho Gordon y Prescott:

«Los riesgos políticos para los gobiernos de tales áreas [deprimidas] son que pueden convertirse en centros de descontento social y oposición, levantando demandas en favor de cierta medida de autonomía política o de un trato económico especial» (Gordon y Prescott, 1982, pág. 138).

Por un tiempo los economistas y ciudadanos confiaron en que la política de desarrollo regional y las ayudas económicas distribuidas desde el centro económico podían solucionar el problema del desequilibrio regional. Pronto, empero, se tomó conciencia de los límites de estas políticas y algu-

nos llegaron a pensar que eran un engaño encubierto. Se pensó entonces en la autonomía política como una estrategia alternativa para un desarrollo rápido y autóctono. Ya en 1957, Hirschman afirmó:

«Una nación que trata de desarrollar sus propias regiones atrasadas debe proporcionar ciertos equivalentes de soberanía para estas regiones» (Hirschman, citado por García Javalois, 1978, pág. 174).

En la década de los setenta, la idea ganó reputación entre los habitantes de las regiones subdesarrolladas. La explotación de los recursos naturales de la región y su negativa a compartirlos graciosamente con las regiones ricas es uno de los puntos fuertes de los movimientos nacionalistas de la periferia económica. El razonamiento nos recuerda la negativa de las regiones ricas a compartir sus recursos fiscales con las regiones pobres. Explotación económica *vis a vis* explotación fiscal. El nacionalismo de Escocia se ha despertado y fortalecido tras el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en el Mar del Norte. El control de estos recursos reportaría pingües beneficios para la región, y de ahí que se hayan aprestado a reivindicar la independencia o la autonomía para disponer de los mismos. También en Estados Unidos los Estados del sur y centro, que son los menos industrializados pero los más ricos en recursos energéticos, se han visto beneficiados por la crisis energética de 1973 y han adoptado una posición de fuerza, creando impuestos sobre la producción y venta de los recursos energéticos, los cuales son repercutidos sobre las ricas ciudades del noreste, importadoras netas de energía.

Todavía está por ver la evolución y el desenlace de los movimientos nacionalistas de la periferia económica. No es difícil, sin embargo, intuir los problemas con que tropezarán. El primero posiblemente vendrá motivado por las dificultades para conseguir un desarrollo económico autóctono y sostenido, que es su fin primordial. La situación económica de Irlanda del Sur no ha mejorado con relación a la de Irlanda del Norte después de que la primera consiguiera la independencia política. Ni la situación de Irlanda del Norte ha cambiado notablemente tras la concesión de autonomía política. El círculo vicioso del subdesarrollo no se rompe milagrosamente con la varita mágica de la autonomía o independencia política.

La objeción anterior se refiere al caso de que se consiguiera una autonomía política importante. Para llegar a este estado es preciso superar unos escollos previos. El primero es encontrar una clase social que encarne e impulse el movimiento nacionalista. En los nacionalismos históricos esta clase fue la mediana y pequeña burguesía. En las regiones pobres puede ocurrir que este grupo no tenga la fuerza social ni la preparación intelectual requere-

rida. Menos podemos esperar todavía de la alta burguesía, que, en el caso de existir, está ligada a los intereses del centro económico y temería perder su posición de privilegio económico al cambiar la estructura política. El movimiento nacionalista habrá de descansar fundamentalmente en el proletariado y campesinos. Por regla general, los movimientos nacionalistas de las regiones pobres han estado dirigidos por partidos socialistas radicales que tratan de atraer a las masas con la promesa de un desarrollo económico autóctono. Pero estos grupos sociales carecen del interés económico directo y privativo que tiene la burguesía. Si, por otra parte, faltan elementos distintivos de fuerte impacto psicológico, como son una religión o una lengua propia, la adhesión de las masas resultará más difícil. Aun en los casos en que el factor cultural está presente (v.g.: Galicia, País Vasco francés y Cataluña francesa), la fuerza de los movimientos nacionalistas resulta muy mermada al faltar el liderazgo de la burguesía local y ante el temor de la inviabilidad económica.

Dejando al margen la cuestión de la viabilidad económica y/o política de los movimientos nacionalistas, parece innegable que la especialización económica regional y la dependencia económica a que ha dado origen el desarrollo capitalista, es un campo abonado para la emanación de fuerzas centrífugas que presionarán, de una u otra manera, por la descentralización del Estado.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AGNEW, J. (1981): «Structural and dialectical theories of political regionalism», en BURNET y TAYLOR (eds.): *Political studies from spacial perspective*, Wiley, páginas 75-89.
- AMIN, S. (1974): *El desarrollo desigual*, Fontanella, Barcelona.
- BENSEL, R. (1984): *Sectionalism and American political development. 1880-1980*, The University of Wisconsin Press, Madison.
- GARCÍA JAVALOYS, J. (1978): *La autonomía regional: ¿solución o problema?*, ICE, Madrid.
- GORDON, W., y PRESCOTT, J. R. (1982): *Our fragmented world. An introduction to Political Geography*, Macmillan, Londres.
- HECHTER, M. (1985): «Internal colonialism revisited», en TIRYAKIAN y ROGOWSKI (eds.) (1985), págs. 17-26.
- HOLLAND, S. (1976): *The regional problem*, Macmillan, Londres.
- JOHNSTON, R. J. (1982): *Geography and the state: an essay in Political Geography*, Macmillan, Londres.
- LA FONT, R. (1971): *La revolución regionalista*, Ariel, Barcelona.
- LINZ, J. J. (1973): «Early state-building and late peripheral nationalism against the state: the case of Spain», en EISENSTADT y ROKKAN (eds.): *Building states and nations*, Sage Publications, Londres.

- MYRDAL, G. (1968): *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, FCE, México.
- NAIRN, T. (1975): «The modern Janus», en *New Left Review*, noviembre-diciembre 1975, págs. 3-29.
- NAIRN, T.: (1977): *The break-up of Britain*, New Left Books, Londres.
- O'CONNOR, J. (1973): *The fiscal crisis of the state*, St. Martin Press, Nueva York.
- ORRIDGE, A. (1981): «Uneven development and nationalism», en *Political Studies*, 1981, marzo, págs. 1-15, y junio, págs. 181-190.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1967): *España invertebrada*, Espasa-Calpe, Madrid.
- PÉREZ SADAVA, V. (1967): *Interpretación y defensa del regionalismo*, Siasca, Madrid.
- PERROUX, F. (1967): «Les espaces économiques», en *Economie Appliquée*, núm. 1, 1967.
- POLESE, M. (1985): «Economic integration, national policies and the rationality of regional separatism», en TIRYAKIAN y ROGOWSKI (eds.) (1985), págs. 109-127.
- ROGOWSKI, E. (1985): «Conclusiones», en TIRYAKIAN y ROGOWSKI (eds.) (1985), páginas 374-387.
- ROKKAN, S., y URWIN, S. (eds.) (1985): *Economy, territory, identity (Politics of West European peripheries)*, Sage Publications, Londres.
- ROSE y URWIN (1983): *Regional differentiation and political unity in western nations*, Sage Publications, Londres.
- SMITH, A. (1971): *Theories of nationalism*, Duckworth, Londres.
- SOLÉ TURA, J. (1985): *Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías, federalismo, autodeterminación*, Alianza Editorial, Madrid.
- TIRYAKIAN y NEVITTE (1985): «Nationalism and modernity», en TIRYAKIAN y ROGOWSKI (eds.) (1985), págs. 57-86.
- TIRYAKIAN y ROGOWSKI (eds.) (1985): *New nationalism in the developed West*, Allen and Unwin, Boston.
- TORSVIK, P. (ed.) (1981): *Mobilization, center-periphery structures and nation-building*, Universitetsforlaget, Bergen.
- VINCES VIVES, J. (1958): *Industrials i politics (segle XIX)*, Teide, Barcelona, 1958.
- ZOLBERG, A. (1973): «Culture, territory, class: ethnicity demystified», paper presented at the 10th World Congress of International Political Science Association, Edinburgh.